

CUARENTA AÑOS DE DEMOCRACIA: REFLEXIONES

Luis Palacios Bañuelos
Catedrático de Hª Contemporánea

ISSN: 2386-2491

RESUMEN

A partir de los libros de Santos Juliá y de Tom Burns, el autor reflexiona sobre estos cuarenta años de democracia incidiendo en que actualmente nos encontramos en un momento final de ciclo histórico con una crisis política profunda que tiene su punto de arranque en la llegada de nuevas generaciones al poder y de los partidos populistas al Parlamento, en el cuestionamiento de todo lo que supuso la Transición, en la fuerte crisis económica, etc.

ABSTRACT

From the books of Santos Juliá and Tom Burns, the author reflects on the forty years of democracy stressing the fact that we are living the final moments of a historic cycle with a political crisis that has as a starting point the arrival of the new generations to power and the populist political parties to Parliament, questioning everything the Transition period meant, within a strong economic crisis, etc.

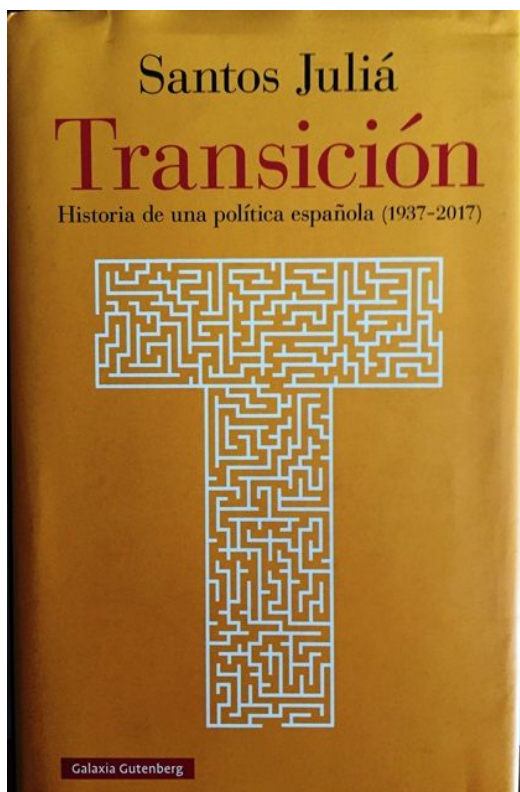
Se cumplen cuarenta años de democracia efectiva en España. Justo en un momento en que vivimos una larga crisis, en que tenemos un rey recién estrenado y que, con el fin de la etapa política del marianismo, comienza otra nueva con Pedro Sánchez, el inesperado y recién llegado a la Moncloa. Unos hablan de las bondades de la Transición, de los éxitos de nuestra democracia cuando otros abundan en los fallos. Es momento de reflexionar, hacer balance y sacar conclusiones. Y nada mejor que hacerlo al dictado de dos importantes libros publicados por Galaxia Gutenberg: uno de historia, de Santos Juliá, titulado *Transición. Historia de una política española (1937-2017)* y otro que es un ensayo de Tom Burns Maraño, titulado *Entre el ruido y la furia. El fracaso del bipartidismo en España*⁴⁷⁷.

Comenzaré con el libro de Santos Juliá. ¿Transición o transiciones? Aunque no hay unanimidad a la hora de acotar la Transición, muchos entendemos que es la etapa en la que se hace realidad el paso de la dictadura franquista a la democracia y que se realiza en un tiempo histórico concreto: desde que Juan Carlos I es proclamado rey de España, el 22 de noviembre de 1975, hasta la promulgación de la constitución, el 6 de diciembre de 1978,

Comenzaré con el libro de Santos Juliá. ¿Transición o transiciones? Aunque no hay unanimidad a la hora de acotar la Transición, muchos entendemos que es la etapa en la que se hace realidad el paso de la dictadura franquista a la democracia y que se realiza en un tiempo histórico concreto: desde que Juan Carlos I es proclamado rey de España, el 22 de noviembre de 1975, hasta la promulgación de la constitución, el 6 de diciembre de 1978,

⁴⁷⁷ Este artículo es deudor a las reseñas que de estos dos libros he publicado en Revista de Libros y a mis libros sobre estos la Guerra, el Franquismo, la Transición y el reinado de Juan Carlos I, que constituyen las Bases de la España actual, publicado por Dilex en 2017.

en que oficialmente empieza a funcionar la democracia. Este reciente libro del Prof. Santos Juliá va más lejos, habla no solo de dicha Transición sino también de sus antecedentes, de las transiciones planteadas desde 1937 hasta el tiempo presente en que los nuevos populismos insisten en lo del “régimen de la Transición”. En este sentido, a cuantos pensamos que la Transición es una historia no *in fieri* sino cerrada, terminada, el autor nos recuerda que hoy el tema ocupa un lugar central en el debate político y hablar de la Transición es “hablar de política tanto como o más que de historia”, o mejor, “cuando se aparenta hablar de historia, lo que se hace cada vez con mayor frecuencia es un uso del pasado al servicio de intereses o proyectos políticos o culturales del presente” (p. 13).



Este libro se adentra en nuestra historia en busca de las muchas transiciones planteadas echando mano en todo momento de una magnífica documentación.

El resultado es “una investigación en las huellas que el proceso político de la transición a la democracia ha ido dejando a lo largo de ochenta años”. Se trata, pues, no de un ensayo sino de un libro de historia –historia política, apuntilla el autor– escrito por un reconocido historiador. Es un libro denso, con fuerte carga de erudición, riguroso e importante que se convertirá en referente para los historiadores.

*

Santos Juliá comienza con la Guerra civil aceptando que “no fue la culminación de una historia, sino su quiebra brutal, un corte profundo infligido a la sociedad española que, desde 1939, quedó amputada para siempre de una parte muy notable de sus gentes y de su historia” (p. 18). La Guerra civil se resumió en victoria y derrota sin que quedara espacio para ningún tipo de transición. Con todo, recuerda varios proyectos de transición para romper con aquella situación bélica desde los primeros días de la rebelión militar y de “la revolución que fue su inmediata secuela”. El primero de ellos es de Manuel Azaña, de quien Juliá es un gran conocedor, para quien la española era el primer acto de la nueva Guerra mundial y debía ponerse fin mediante la mediación –que nunca llegó– de las potencias extranjeras por vía diplomática. Un segundo proyecto se debió a un grupo de católicos españoles exiliados en París en torno a Mounier y la revista *Esprit* que pronto fue conocido como “Tercera España”. La respuesta de los católicos franceses se concretó en la creación de un *Comité pour la paix civile et religieuse en Espagne* presidido por Jacques Maritain. Su afirmación de que “la guerra que se libra en España es una guerra de exterminio”

nio” le granjeó duras críticas de católicos españoles.

En el libro se citan otros muchos planes. Varios de Azaña, como el presentado en el Foreign Office en mayo del 37 a través de Besteiro. Interesante y profusamente documentado es el que el arzobispo Giuseppe Pizzardo presentó al primado de España para que el Vaticano hiciera de mediador en la guerra pero que el cardenal Gomá rechazó pidiendo a la Santa Sede que no colaborara en la consecución de un armisticio. Para los obispos españoles, la guerra no podía terminar más que “con el triunfo del Movimiento Nacional”. La evolución del tema va unida a la propia evolución de la guerra. Así, Negrín, presidente del Gobierno, cree en “nuestra victoria segura” y no aceptará que se hable de mediación con los insurgentes (21 mayo 37). Prieto como ministro de Defensa no cree en esa misma fecha que existiera ningún camino hacia la paz... Azaña que se reafirma en que la solución sólo podía llegar de fuera. Y los proyectos de mediación de Salvador de Madariaga, en mayo del 38. Pero todos chocarán con la cerrazón de los franquistas. “¡Guerra a la mediación en la guerra!” escribe el ABC de Sevilla en octubre del 38. Y es que, como pensaba el obispo de Madrid, Eijo Garay, y reconocía Yanguas Messía, “existe una imposibilidad intrínseca de mediación”.

*

Monarquía versus república. Santos Juliá nos conduce a través de la historia de este largo periodo, condicionado por la marcha de la Guerra mundial, entrecruzando los dos proyectos de transición como salida del régimen de Franco: la monarquía y la república. El proyecto monárquico ofrece fórmulas diversas con

Don Juan como protagonista. Un personaje este Don Juan que el autor diseña como variable, adaptable a las circunstancias con tal de lograr su objetivo. Entregado a Franco con una restauración monárquica como culminación del Movimiento Nacional u ofreciendo una monarquía católica-tradicional respaldado por grupo de generales monárquicos “bien untados” por la embajada británica... que, en 1943, defienden una monarquía como continuación de la “obra revolucionaria de Franco” que cerraría la continuidad histórica para una España reconciliada y unida. Recuerda el libro las presiones de ocho Tenientes generales (Orgaz, Dávila, Varela, Solchaga, Kindelán, Saliquet, Monasterio y Ponte) que piden al dictador un régimen que complete la instauración monárquica... y que comenzaría cambiando a Franco por Don Juan. En este proceso, un hecho cambiaría para siempre la percepción que el dictador tendrá del pretendiente. Se trata de una carta de Don Juan al conde de Rodezno en el que califica de usurpador a Franco. Conocido su contenido por el dictador pocas posibilidades de llegar a rey le quedarían al pretendiente. La carta de respuesta de Franco el 6 de enero de 1944 dice que aquello era “una absurda ruptura” la que había provocado aconsejado por Gil-Robles y Saínz Rodríguez, etc. que le habían inculcado “la supuesta ilegitimidad de mis poderes”. A partir de entonces Don Juan plantea la restauración por derecho y sin rodeos. En un Manifiesto de 19 de marzo de 1945 le pide a Franco que reconozca su fracaso y abandone el poder... Pero para entonces el régimen empieza a autodefinirse como una democracia orgánica, como le explicó Franco al periodista americano Bradford en La Vanguardia española. Desde el

Instituto de Estudios Políticos se inventa y desarrolla un “sentido español de la democracia definiendo la democracia como un “régimen político-cristiano”. Al mismo tiempo, el régimen lava su imagen retirando el saludo fascista y conceptos como revolución, totalitarismo e imperio. Por su parte, Don Juan se instala en Estoril anunciando la Monarquía tradicional y una Confederación de Fuerzas Monárquicas redactaron las Bases institucionales de la Monarquía española (28 febrero 46). Hablan de una monarquía representativa aunque poco tenía que ver con la democrática.

Además, Franco había logrado que la jerarquía eclesiástica lo ratificara, con un Pla y Deniel que escribiría aquello de que la Guerra había sido “una Cruzada por Dios y por España frente a una República en la que había anarquía sangrienta comunistas” (8 mayo 45) y que meses más tarde pediría a las Naciones Unidas que “respetaran a España el derecho innegable a organizar su régimen” pues debía tenerse en cuenta “la orientación de cristiana libertad opuesta a un totalitarismo estadista” como quedaba claro en el Furo de los Españoles.

La alternativa republicana la mantiene con fe el Gobierno de la República desde el exilio esperando la ayuda de las potencias democráticas. Un primer llamamiento a los españoles, de abril de 1940, da por inexistente el Frente Popular y reivindica el derecho de España a decidir su régimen definitivo. Un año después se empieza a presentar la Guerra civil como primera etapa de la guerra de Europa. La formación de Acción Republicana Española (ARE) reúne partidos de izquierda excluyendo a socialista, anarquistas, comunistas y nacionalistas vascos y catala-

nes. Los socialistas por su parte estaban divididos: con Negrín, instalado en Londres, y con Prieto, en México, administrando los fondos del “Vita”. Importante también fue la Asamblea de la Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero, en octubre del 43, que declararon el derecho de España a recobrar un poder soberano, escoger su gobierno, etc. esperando el apoyo de Naciones Unidas. Una denominada Junta Española de Liberación se ocuparía de hacer realidad la Constitución de 1931 y poder reunir la Cortes para sustituir a Franco. En medio de tanta euforia e ingenuidad se llega a hablar, en abril de 1944, de una Tercera República que deberían reconocer las Naciones Unidas. Las esperanzas seguían puestas en las potencias aliadas.

Pero derrocar a Franco no era asunto fácil. Desde la comunista Radio España Independiente, en octubre del 45, se habla de derribar a Franco y a la Falange y se ve la historia, por primera vez, como “transición pacífica”. Pero los comunistas carecían de influencia tras su actuación en la guerra y su participación en las sacas, represiones, etc. El papel de los comunistas, sus aportaciones y fallos son abordados por Juliá con todo detalle a lo largo de muchísimas páginas. El papel histórico del partido y de personalidades como José Díaz, Dolores Ibárruri, Jesús Monzón, Carrillo... Sus acciones concretas como las guerrillas, la invasión por el valle de Arán “el fiasco de los combates de los Pirineos” y los intentos de que Franco desapareciera y se derrumbara el régimen... Los consejos de Stalin a los comunistas españoles para que cambien de estrategia. Carrillo y su propuesta de un gobierno republicano de Unión Nacional... El logro de un gobierno de tran-

sición que organice un plebiscito... Y la creencia de los comunistas a finales de 1947 de que el franquismo se hunde.

Dos hechos deben destacarse. Uno es que fallará la ayuda exterior. Una nota tripartita de Estados Unidos, Francia y Reino Unido deja muy claro que el futuro de España dependerá solo de los españoles. Y el segundo es que el 9 de junio de 1947 la Ley de Sucesión a la Jefatura del Estado define a España como un Estado católico y otorga a Franco el derecho de proponer al sucesor.

A medida que el tiempo pasa, la historia de transiciones, de terminar con el Régimen resulta más y más interesante. En un capítulo titulado “Del plebiscito al holocausto de la legitimidad” Santos Juliá plantea la fórmula Prieto (noviembre 37) consistente en buscar la mediación desde el exterior con objeto de convocar un plebiscito en el interior, que no era sino lo que ya había propuesto Azaña. Es importante recordar que el PSOE optaba por restaurar el régimen republicano. Pero, aunque se plantearon otras fórmulas (Aranda, Beigbeder) como un gobierno provisional con monárquicos y republicanos presidido por un general se va abriendo paso la idea de que la solución monárquica era inevitable.

También van cambiando las condiciones internacionales. Los Estados Unidos desde octubre de 1947 se plantean modificar su política hacia España aceptando que había fracasado aquello de prescindir de Franco. Incluso desde ámbitos diversos se habla de que los españoles necesitan un general al frente del país para funcionar. Se recuerda aquello de Juan Valera de que España no se podía gobernar sino a palos, que se traducía en que nada funcionaba sin un general al mando. En fin,

como decía Martín-Artajo, el Régimen caminaría hacia una forma de democracia española. Era el nuevo relato sobre el futuro del Régimen: que era susceptible de evolucionar hacia su constitucionalización. De hecho, hubo Conversaciones entre socialistas –que rechazarían a los comunistas- y monárquicos. Pero Don Juan que era quien con más cuidado debía defender la Monarquía no resultaba fiable a los socialistas pues al mismo tiempo que se reúne con ellos también lo hace en el Azor con Franco para tratar de la formación de Juan Carlos.

Con 1950 llega la decisión norteamericana de resolver el problema de aceptación de España en la ONU, que votará, el 4 de noviembre, a favor de ser de nuevo admitida en los organismos internacionales dependientes de las Naciones Unidas. Era la peor noticia que los republicanos exiliados y esperanzados podían recibir. Definitivamente quedaba muy claro que las potencias democráticas no harían nada y que los españoles solos debían resolver sus problemas.

*

A partir de la década de los cincuenta se dará, según Santos Juliá, una transición ordenada de la Dictadura a la Democracia. Comienza con las jornadas que convoca el Consejo Federal Español del Movimiento Europeo a finales de junio de 1950 tratando de buscar una transición democrática al régimen democrático. Su impulsor y presidente del Consejo es Madariaga, defensor de que a Franco le debía suceder la Monarquía de Don Juan. A este Consejo acuden todas las fuerzas de izquierdas menos los totalitarios, comunistas y fascistas. Se aprobó un “Anteproyecto de Estatuto para restablecer la normalidad jurídica en España y preparar

elecciones libres” que se envió a la Asamblea de Europa. Su contenido es, según Juliá, el primer plan de transición acordado por elementos representativos de todas las fuerzas políticas españolas del exilio, con excepción de falangistas y comunistas” (p.194)

Para los republicanos la República seguía siendo el régimen legítimo de España. En octubre de 1955, Gordón Ordás presentaba un *Memorandum sobre el problema español* preguntándose cómo resolver aquellas opciones de republicanos, monárquicos y gentes del Movimiento Nacionalsindicalista. El Gobierno de la República pensaba que la solución estaba en el voto popular que permitiera elecciones libres y garantizadas. Pero lo cierto era que la propuesta del CFEME garantizaba una transición ordenada de la dictadura a la democracia mejor que el Gobierno de la República. Aceptarlo era para los republicanos un doloroso holocausto, como lo califica Juliá, de sus principios.

Entre otras propuestas de diálogo y de reconciliación, este libro documenta el papel de la revista *Las Españas. Revista literaria* que proponía revisar todo. Como dice Carretero “No queríamos el franquismo y no queríamos volver al 31”; querían una “España nueva” y plural. Pedían una reconstrucción nacional para lo cual aparece una corriente empeñada en indagar el ser auténtico de España o de las Españas. Dentro se plantea el tema de España como o sin problema. Se debate sobre terminar con la Guerra civil, las propuestas de diálogo... la metáfora de las Tres Españas... Hay una toma de conciencia colectiva, que diría Castellet, a raíz de la rebelión estudiantil de 1956. Nuevas generaciones que nada han tenido que ver con la Guerra civil entran en

escena y se rebelan contra los férreos esquemas del Régimen. Dionisio Ridruejo, Sánchez-Mazas, Tamames, Múgica, Ruiz Gallardón y Elorriaga lideran aquella rebelión estudiantil que integra la denominada generación del 56. En este proceso el Prof. Juliá destaca una serie de momentos: a) El Frente Universitario Español, FUE, que aparece en México mediados 1956. Propone la necesidad de liquidar la Guerra civil –que entraña responsabilidad colectiva- mediante la concordia nacional. Su objetivo es sustituir a Franco, rehacer España entre todos y apoyar a cualquier gobierno intermedio tras Franco que camine hacia la democracia. B) Carrillo, el PCE y su Programa de reconciliación nacional para un cambio pacífico (1956). Tras la entrevista con Stalin, los comunistas españoles abandonan la política de Unión Nacional por la de Frente Nacional Antifascista que, bajo el liderazgo del PCE, tratarán de unir fuerzas para liberar a España. C) Acción Democrática se forma en el otoño del 56 y pronto se convirtió en Partido Social de Acción Democrática, PSAD, en torno a Dionisio Ridruejo que promueve “establecer en España una democracia viable, ajustada a las posibilidades de la nación”. El deseado cambio político, vienen a decir, sólo será posible con la Monarquía como hecho consumado. D) Propuesta del socialista Tierno Galván y del grupo de Salamanca –que trasladan al Secretario General del PSOE, Llopis- que en esencia defiende que el futuro del país será la Monarquía y aconseja pactar con ella.

El Dictador, en su decisión de perpetuarse en el poder, se defiende de estos intentos definiendo su carácter de Monarquía y desarrollando toda una serie de teorías sobre la democracia orgánica, ya

apuntada. Torcuato Fernández-Miranda, cuya “logomaquia es para Juliá muy cercana al trabalenguas”, defiende la naturaleza evolutiva del Régimen: caudillaje, regencia, realeza. Y a medida que pasan los años va confirmándose que la monarquía vendrá de la mano de Franco o no vendrá. Don Juan, en 1957, le escribe al dictador que la Monarquía debía llegar como evolución del Movimiento –“un lenguaje en la frontera de lo servil”, apostilla con razón Santos Juliá-. El conde de Ruiseñada, uno de tantos monárquicos del Movimiento, confirma que la nueva Monarquía española tendrá siempre su origen en esa historia nacional concentrada en aquel 18 de julio. Y es que Franco se reafirma y legitima en su origen proclamando al inaugurar el Valle de los Caídos el carácter sagrado de la guerra de liberación, verdadera cruzada.

En cualquier caso, la monarquía recibe apoyos tanto de los monárquicos como, por ejemplo, de Tierno Galván. Ridruejo y Sánchez-Mazas piden al Pretendiente “Romped con Franco. Ganaos ante el país la legitimación de ejercicio”. Izquierda Demócrata Cristiana habla de establecer una nueva bandera. Giménez Fernández sugiere una transición a través de una regencia en la persona de su amigo Alfonso de Orleans. También hay quien, con Satrústegui, se preguntaban si la guerra civil podía ser un acto fundacional porque sobre ella no podía asentarse la Monarquía que debería llegar “a continuar la Historia de España”.

Muy destacable es para Santos Juliá el papel del PCE con su Política de reconciliación. Pero era difícil el acuerdo de toda la oposición con el rechazo de la dirección socialista de Toulouse. Recuerda que la Huelga Nacional Pacífica de junio del

59 quiso ser un plebiscito contra la dictadura.

Pero aún encuentra Juliá más proyectos de transición. El increíble de la Unión Española de 1961 y, sobre todo, el importante Coloquio de Munich, iniciativa de Madariaga, de junio de 1962. Este IV Congreso del Movimiento Europeo se planteó inicialmente como un debate de las fuerzas de oposición al franquismo – excepto el PCE- sobre la relación España-Europa pero en él se habló de restauración monárquica con la idea clara que allí se ponía punto final, según Madariaga, a la Guerra civil.

A partir de los años sesenta el gran tema será “y después de Franco, ¿qué?”. El Régimen no se cansó de repetir aquello de “atado y bien atado” en cuyo entramado incluía la instauración. Y los proyectos siguieron apareciendo. Ruiz-Giménez publicó un artículo titulado “Meditaciones sobre España”, en el verano del 67 en Cuadernos para el Diálogo “. Jorge de Esteban y Herrero de Miñón plantean estudios sobre cómo sería la transición. Tácito se hizo oír en sus propuestas de futuro... Iniciativa del PCE fue la Junta Democrática y del PSOE la Plataforma de Convergencia Democrática y la Platajunta nacería de la fusión de ambas.

*

Muere Franco, se abre el pastel de la herencia franquista y comienza la verdadera Transición. Juan Carlos I, Suárez, los partidos políticos, el pueblo español... serán sus protagonistas. Las tres grandes palabras que recogen las demandas de los españoles son libertad, amnistía y autonomía. A ellas deberíamos unir euro-peísmo. Estos grandes objetivos, tan aje-

nos al franquismo, son los que se hacen realidad en la Transición y el libro que comento lo estudia con detenimiento y rigor. Aquel “Libertad sin ira” de Jarcha se convertiría en el himno de toda una generación.

Lograr la libertad era alcanzar la democracia. Este libro nos muestra la incertidumbre que viven los españoles desde la muerte de Franco pero también su deseo de libertad. Lo visualizan las movilizaciones: en Cataluña, el 8 de febrero de 1976, convocadas por la Assamblea de Catalunya pidiendo libertad, amnistía y Estatuto de Autonomía; en Sevilla, Burgos, y tantísimas otras ciudades. El desarrollo de la historia que los españoles escriben aquellos años 1976, 1977 y 1978 es trepidante y recordada por muchísimos de sus protagonistas anónimos. La apertura –o no de Arias. Las expectativas de Areilza y Fraga. Adolfo Suárez, Alfonso Osorio... “Lo importante, escribe Santos Juliá, fue que mientras los tecnócratas permanecían lejos de la primera fila, la crema del reformismo ocupó, por impulso regio, los ministerios de más relieve en el nuevo Gobierno formado el 11 de diciembre de 1975” (p.351). No olvida destacar el papel relevante de un Fraga que el 25 de febrero de 1976 presenta al público su *Llamamiento para una reforma democrática*, adelanto de lo que poco después será el *Libro blanco para la reforma democrática*, ambos elaborados por GODSA. Otros muchos temas como el de reforma o ruptura o el importante primer viaje del Rey a Estados Unidos (su importante discurso lo elaboraron el catedrático Vicente Palacio Atard, maestro del Rey, y el ministro Areilza) donde el Rey adelantó el guión de la Transición ...

“En la primavera de 1976, veinte años después de que el PCE lo codificara, el proceso de transición era ya de uso común” (p. 364), escribe el Prof. Santos Juliá. Y añade que, aunque la derecha procedente de la dictadura se había apropiado del concepto proceso de transición, por su historia pertenecía a la izquierda y, muy decisivamente, al Partido Comunista que había sido su gran muñidor. Y hace referencia a un trabajo de Carlos Ollero en el que se habla que desde antes de la muerte de Franco se había iniciado ya en España un incontenible proceso de democratización.

El nuevo lenguaje en la política española habla de soberanía, reconciliación, amnistía. Carrillo publicaría *¿Qué es la ruptura democrática?* Resulta muy interesante la evolución que se produce en Suárez desde sus primeros momentos en que nada quiere negociar con la oposición – “habla con todo el mundo, pero no se comprometió a nada con nadie”- hasta llegar a legalizar el partido comunista. Pero antes no puede olvidarse la Ley para la Reforma Política, obra de Torcuato que, jugando con las preposiciones no era de reforma sino para la reforma, “una argucia que nunca se le había ocurrido a aquel pionero de reformistas que fue Manuel Fraga” (p. 374). El plan era que conducir a la convocatoria de elecciones generales por sufragio universal. Se trataba, es bien sabido, de elevar a la categoría política de normal lo que a nivel de calle era simplemente normal, de devolver al pueblo las libertades políticas... Pero, apuntilla Juliá, “más que de la ley a la ley, Suárez trataba de transitar de la legitimidad del pasado del que venía a la del futuro al que aspiraba: en eso consistía la transición política” (p. 375). Y considera

que la primera fase de su plan de transición política se cumple cuando el 11 de enero de 1977 se reunía por primera vez el Gobierno con la Plataforma de Organismos Democráticos para hablar de legalización de partidos, Estatutos de Autonomía y normas electorales.

Un hecho trágico, el asesinato de Atocha, provocará una oleada de solidaridad con el PCE. Se visualizó en la reacción que provocó el atentado: una manifestación multitudinaria, la primera presidida por banderas rojas y saludada con puños en alto. Carrillo recupero entonces el discurso de la reconciliación nacional “que tanto había contribuido a construir dos décadas antes, para recordar una vez más que la guerra era “un hecho histórico” (p. 383). El efecto de aquella trágica matanza fue que muchos españoles empezaron a aceptar que debía legalizarse el PCE. Su legalización, tan conocida por repetida, “fue celebrada una noche de Sábado Santo como la reconquista de la libertad durante tantas décadas machacada” (p. 385). Claro que en aquellos momentos de historia acelerada nada era fácil y no faltaron obstáculos. Santos Juliá se ocupa expresamente de las Fuerzas Armadas, cimiento del régimen, (acepta la tesis de Felipe Agüero cuando dice que “los militares no participaron en el núcleo de élite que tomó las decisiones esenciales de la transición”). Habla de la Iglesia católica –“de donde procedía la definición de aquel Estado como democracia orgánica, o bien como católico o nacionalcatólico-“; recuerda expresamente a Ángel Herrera Oria, “un egregio camaleón de la política”, y también al Movimiento Nacional, que se hizo el harakiri. El autor se detiene en un hecho tan importante como la legalización del PCE,

vivida por el Ejército como un engaño y como una traición porque “un Estado con organismos e instituciones en los que fuera posible la presencia legal de comunistas no era el Estado del 18 de julio, al que los militares habían jurado defender contra cualquier enemigo interior” (p. 400).

La amnistía era fundamental para lograr una reconciliación y la plena convivencia nacional. Recuerda el Prof. Santos Juliá que, desde la Guerra civil, los republicanos venían demandando ambas cosas. Y cita los Trece Puntos de Negrín, de mayo de 1938, a Azaña, Prieto, Largo Caballero, etc. y también a los católicos y su amplia presencia en el PCE y en CCOO tras el Vaticano II. En la década de los setenta destaca la propuesta de liberales, monárquicos, demócrata cristianos y socialistas que expusieron al ministro de Exteriores alemán, Walter Scheel, en abril del 70 la necesidad de que se otorgara una amplia amnistía. Se detiene también en el juicio de Burgos y en el encierro de Montserrat; en la declaración “Educación para la paz en la reconciliación” de la Comisión pontificia Justicia y Paz y en el cardenal Vicente Enrique y Tarancón con su pastoral de 1973 sobre la reconciliación; de la campaña pro amnistía de Ruiz –Giménez en abril del 74 y de Pablo VI que dedicó a la reconciliación aquel Año Santo aunque los obispos españoles “no se atrevieron a estampar la palabra amnistía en su declaración final” (p. 420).

Tras una amnistía en 1976 –insuficiente diría López Aranguren- serían los representantes del pueblo los que lograrían una amnistía total. Como explicaba Arzalluz, el 27 de julio de 1977, todo nuevo régimen debe “hacer todo lo posi-

ble para borrar las secuelas de los regímenes anteriores... y es necesario el olvido, el cese del diálogo de sordos, de las imputaciones mutuas y no hay otra manera de que termine sino a partir de una amnistía total...". Si, la oposición considera que es necesario el olvido para borrar del todo el franquismo y situar en el pasado la Guerra y los cuarenta años de Franco. Santos Juliá no olvida que una ETA que no se cansa de matar altera aquel inestable equilibrio (en 1978 mató a 68 personas y a 80 en 1979). Solo el miedo que provoca explica que el primer manifiesto contra ETA no llegara hasta mayo de 1980 a través de la revista Muga.

Las Autonomías son la tercera gran reivindicación. Se trata de un complejo proceso que Santos Juliá explica con agudeza detallando la utilización de voces que tanto han llegado a confundir, como nación, nacionalidad y región –la Constitución de 1931 solo reconoce la región- y de conceptos como plurinacionalidad, nación de naciones (Carretero), derecho de autonomía, etc. Hace un recorrido histórico de la utilización de estos conceptos parándose en los casos de Cataluña y del País Vasco. Destaca el Informe de Carrillo en el Manifiesto-Programa del PCE (setiembre del 75), el discurso de Pujol alrededor de los conceptos de autonomía y solidaridad... Explica cómo va fijándose el término nacionalidad, que no gustaba nada a Julián Marías y recuerda las quejas del propio Marías y de García-Pelayo porque no apareciera en el Título Preliminar de la Constitución el concepto nación española y se hablara solo de España o de Estado español. Y confirma que no existió un plan de organización final del Estado optándose por soluciones pragmáticas quedando pendientes mu-

chos problemas que “acabarían por empañar el éxito obtenido por el Gobierno en sus tratos con los nacionalismos históricos” (p. 496)

*

Los tres últimos capítulos: *El desencanto, Después de la Transición y la Transición cumplida y desechada* son de enorme interés porque nos trasladan a la actualidad. De la euforia inicial de recuperar las libertades se pasó pronto al desencanto. El Prof. Santos Juliá trae a colación la entrevista que Josefina Martínez del Álamo hizo al Suárez presidente, en julio de 1977, pero que ABC no publicó hasta el 23 de setiembre de 2007 cuando el expresidente recibe el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia. En aquel 1977, viene a decir Suárez, comienza lo que llaman desencanto. ¿Causas?; muchas. Por las cosas que se hicieron mal y porque las enorme expectativas creadas no pudieron hacerse realidad en muchos casos. Tal vez, también, por esa tendencia a cierta autodestrucción de muchos españoles. Sí, se respiraba cierta frustración, una especie de cansancio histórico que le llevarían a Vázquez Montalbán a hacerse aquella pregunta capciosa: “¿Con Franco estábamos mejor?”, tan recurrente en tantos chistes, quitadas las interrogaciones. Santos Juliá expone con detalle aquel período de desconcierto, las idas y venidas de Suárez, el desastre de UCD. Y luego el desencanto. Asumir que el franquismo pertenece a la historia (“hay que amnistiar al franquismo, luego historiarlo” diría Castilla del Pino); frustración porque “no había pasado nada de lo que nuestra esperanza esperaba” (Vidal-Beneyto) y desencanto ante “una democracia implantada por los franquistas en continuidad rigurosa, incluso desde el punto de vista de la

legalidad, con el régimen anterior ” y, sobre todo, por la “enorme distancia entre el ideal por el que se luchaba y los pobres resultados hasta ahora obtenidos” (Aranguren). Eran sentimientos frecuentes también entre muchos católicos, como Gómez Caffarena, Aumente o Comín.

Al consenso también le llegaría su final, tras la aprobación de la Constitución que para Alfonso Guerra suponía la ruptura. Ruiz-Giménez daría una conferencia el 5 de abril de 1979 con el título “La democracia entre el encanto y el desencanto” pero desde una perspectiva más amplia Raymond Carr aconsejaba no caer en el desencanto porque, a pesar de todos los fallos que pudieran existir, España era ya una auténtica democracia. Es en ese contexto donde Suárez se convirtió en un traidor para unos y en el causante de la crisis para otros. Llegó el 23 F. Si algo demostraba aquel intento de golpe de Estado —que aunque no fue pudo ser— era que la democracia no estaba aún consolidada. Pero el millón de españoles que se manifestaron demostró que el país estaba con la democracia. Y no puede olvidarse que el juancarismo se convierte tras esa fecha en uno de los mitos fundacionales de la Transición. Para Santos Juliá, el desencanto se esfumó al tiempo que la transición con el resultado final del intento de golpe de Estado.

¿Qué ha ocurrido después de la Transición? Llegan al poder los socialistas con Felipe González pues “del final de desencanto sólo pudo resultar beneficiado el Partido Socialista, que previamente había renunciado a cualquier utopía” (p.541). Santos Juliá detalla que el triunfo del PSOE “tuvo un decisivo efecto en la mirada que desde ese momento se proyectó sobre la Transición, ratificando... la

decisión de no utilizar el pasado como arma en el debate político” (p. 542) e insiste en que Felipe González no sintió necesidad de evocar el pasado franquista... y añade algo importante contra muchas voces que surgirían después: “no evocar la Guerra Civil o la dictadura en el debate entre partidos poco tuvo que ver con el miedo, ni con un sentimiento de culpa compartida, ni con un pacto de silencio o con una amnesia colectiva sufrida de pronto por toda la sociedad, tal vez la más grande de las fantasías propagadas en los relatos sobre la Transición...” (p. 542). No deja de ser curioso que en el momento de esta narración Santos Juliá vuelva a recordar lo que el PCE había publicado en Mundo Obrero a principios de 1966: que a la mayoría de los españoles les movía un deseo de reconciliación e instalar una democracia y hacerlo evitando una nueva guerra civil. Con ello quiere explicar lo que esa declaración significa: antes de la Transición que pretendían la instauración de la democracia y después de la Transición que los socialistas pretendían “impedir que las guerras del pasado afloraran como armas en las confrontaciones del presente” (p. 543).

Con el ingreso en las Comunidades Europeas, se extiende un sentimiento positivo hacia lo hecho en la Transición. En 1986, Josep Ramoneda habla en *La Vanguardia* de “El modelo de la Transición”. Se pondera el éxito de aquella difícil operación de paso de una dictadura a la democracia y se vende como una operación bien hecha y con buen final. Historiadores, politólogos, sociólogos... explican los logros de aquella España que nada tiene que ver con la España anterior. En este sentido, el año 1992 representa el

cénit para aquella España que se muestra al exterior con toda su “riqueza” mediante la Expo '92 en Sevilla, las Olimpiadas en Barcelona y la capitalidad cultural europea en Madrid. Ramón Cotarelo insiste en que España es un caso ejemplar de transición lograda, y que se un modelo teórico.

En la tercera legislatura socialista, a partir de 1989, se destaparía con los casos de corrupción, guerra sucia, etc. la erosión sufrida por el PSOE y su líder al tiempo que el Partido Popular lograba rearmarse y desplazarse hacia el centro político con un nuevo líder, José María Aznar. Aznar proclamaba no identificarse con la derecha y echaba mano de un Azaña español, patriota, desengañado... tratando reforzar la imagen centrista de la derecha y su proyecto reformista. Para muchos políticos terminaba la Transición y comenzaba una etapa en la que la historia podría utilizarse como arma política. Así lo decide Felipe González para ganar votos acusando a Aznar, como había hecho con Suárez, de heredero del franquismo. Los candidatos del PP, decían los socialistas, “eran la peor derecha de Europa” y -esto era lo nuevo- herederos del franquismo. Algo se había roto y parecía que llegaban nuevos tiempos. En este contexto empezó a hablarse de segunda transición (Fraga) lo que permitiría hacer nueva lectura de la Constitución. Los nacionalistas lo aprovecharían para avanzar hacia la plena soberanía (Pujol pide en *La Vanguardia*, el 5 de agosto de 1991, negociar con urgencia una nueva lectura del Estatut). Frente a la creciente desmoralización socialista, tras las elecciones de 1993, está la euforia de los populares. El propio Aznar se presenta como portaestandarte de la segunda transición. En la

siguiente campaña electoral todo se radicalizó, como explica con detalle Santos Juliá: “con el dóberman afloró una nueva versión del relato secular de las dos Españas, presentada una en blanco y negro, como exigía la memoria del pasado al que pretendían devolver a España los populares, y la otra en color, como la que estaban construyendo los socialistas” (p.550). Lamentablemente las dos Españas, dadas por muertas en el Congreso de los Diputados un 14 de octubre de 1977, resucitaban como también el viejo y peligroso lenguaje de la Guerra Civil.

Aznar recuperaría en su discurso de investidura los logros de la Transición y de la Constitución. Puntualiza el Prof. Santos Juliá que “el PP asumió como suyo el relato de la Transición como fundante de la democracia” (p. 553) y se pregunta qué sentido tenía entonces seguir con aquello de segunda transición. Sí lo tenía para los nacionalistas que lo entendieron como interpretar de otra manera la Constitución, como dijo en una Conferencia en el Club Siglo XXI el honorable Pujol: “rechazamos la teoría del café para todos y estamos en contra del federalismo... queremos más de lo que tenemos: un reconocimiento del hecho diferencial catalán respecto al resto de las autonomías”. Piden un Estado plurinacional. Indudablemente, algo había cambiado para siempre, como el futuro se ha encargado de demostrarnos.

Otro tema, que seguirá vivo hasta hoy, es la condena del 18 de julio y del franquismo. Santos Juliá dedica su atención al hecho de que el PP no lo condene de forma contundente y rápida pues al negarse a condenar el levantamiento militar de julio del 36 proporciona a la oposición argumento suficiente para considerarle

heredero de aquel 18 de julio. Unos hablan de pasar página, otros de ahondar en lo mal hecho. Y se configuran así dos memorias enfrentadas de la Transición, la guerra y la dictadura. El pasado se instala en el discurso de los políticos como arma arrojada. El PP arrasa en las elecciones del año 2000 y pronto empezaron a presentarse en el Congreso proposiciones no de ley sobre asuntos del pasado. Hasta que el 4 de octubre de 2002, Frutos, Llamazares y Alcaraz lo hacían sobre exhumación de fosas comunes de la Guerra Civil. Se denunciaba el silencio, el olvido y la amnesia sobre estos temas culpándose de ello a “una transición democráticamente deficitaria”. E irá tomando cuerpo en la izquierda la idea de la Transición culpable que tanto llegará a extenderse (p.565) frente a la versión del PP de una Transición ejemplar que había cerrado las luchas fratricidas en la historia de España aun aceptando que el franquismo había conculcado las libertades. La llegada al poder de José Luis Rodríguez Zapatero reanima el debate. Escribe Santos Juliá que “el punto de partida en sus políticas hacia el pasado (que es lo mismo que decir: en su uso del pasado para las políticas del presente) consistió en la propuesta de una ley de solidaridad con las víctimas de la Guerra Civil y de la dictadura” (p. 575). No faltaron propuestas, se habló de crear una comisión de la verdad y otras medidas que provocaron entusiasmo en ciertos sectores sociales y quejas en otros. El Ministerio puso en marcha ayudas destinadas prioritariamente a exhumaciones de fosas comunes y “convirtió lo que tendría que haber sido una política de Estado en una política privada subvencionada, y destinada, por la cuantía de las subvenciones, a mantenerse viva durante muchos años” (p. 580). Para dar forma

definitiva a todo esto se promulgaría la Ley de la Memoria Histórica, amplia y eficazmente explicada por el autor.

El último capítulo de este libro se titula “La Transición cumplida y desechada”. Una serie de hechos construyen el camino que nos conduce al momento actual. Primero, la Declaración de Barcelona que implicaba la “ruptura” del pacto constitucional. La firmaron los nacionalistas catalanes, vascos y gallegos pidiendo una nueva articulación del Estado como plurinacional, pluricultural y plurilingüe. Se mostraban contrarios a la generalización de los Estatutos de Autonomía y a la homogeneización de las competencias que habían desvirtuado, según ellos, el autogobierno de las tres nacionalidades o naciones sin Estado: Cataluña, Euskadi y Galicia. El resultado inmediato más visible fue abandonar el término nacionalidades y sustituirlo por el de naciones. Entre medias no faltó el protagonismo de ETA que prometía un alto el fuego indefinido. Amén de la Declaración de Lizarra y de la propuesta, no aceptada por el Congreso, de Ibarretxe. Paralelamente —y es al menos curioso— España sería la primera en aprobar en referéndum la Constitución Europea (1 febrero 2005).

En esta deriva de la política española, el autor de este libro trae a colación el “Manifiesto socialista para la España autonómica del siglo XXI”, donde la nueva dirección del PSOE afirma que la sociedad española no era ya la de la Transición de 1978 ni la de 1982 y, por tanto, el Estado y los poderes públicos del nuevo siglo tampoco podían ser los mismos de antaño. Con Zapatero, los socialistas defenderán que había llegado el momento de hablar de una España plural en un Estado federal. Las elecciones catalanas

de 2003 y 2004 marcarán aún más la nueva deriva política socialista. Los resultados electorales repartían el poder entre varios partidos, el tripartito, entre ellos los Socialistes de Catalunya. Además, el gobierno de España había llevado al PSOE a pedir ayuda a ERC. Y aquí está el núcleo del problema: el compromiso de Zapatero –antes de las elecciones– a apoyar la reforma del Estatuto que saliera del Parlamento catalán. Se trataría de un nuevo Estatut, según Maragall. Zapatero defendería la reforma como algo consustancial a los Estatutos y anunciaba un tiempo nuevo en el que se reconocería la pluralidad como valor constitucional. Y poco a poco, todo el mundo hablará de reformar los Estatutos de Autonomía. La Transición se había convertido en historia.

El siguiente paso de este proceso consiste en ir contra lo que significaba la Transición. Santos Juliá hace un lúcido análisis de aquellos “insatisfechos” del 15-M que adornaron la fachada del Congreso con un “¡Abajo el Régimen”. Este término se completó pronto como “régimen del 78”, “nuestra Constitución es papel mojado”, “ruptura del pacto constitucional de 1978” y la consiguiente apuesta republicana y federal como “objetivo estratégico para la etapa presente” (PCE). En resumen, se proclama como única verdad que el consenso se había roto por las políticas neoliberales y las oligarquías financieras... y era preciso un nuevo modelo de país... Una parte de Izquierda Unida, con Garzón a la cabeza, desarrolla una nueva estrategia: “transformar la movilización en organización, la rebeldía en alternativa y la alternativa en poder”. Para lograrlo había que acabar con el bipartidismo y provocar un proceso constituyente. Justo en ese momento un nuevo

elemento aparece en escena dispuesto a rentabilizar la situación. Se trata de Izquierda Anticapitalista, IA, con José Antonio Errejón a la cabeza, que en 2013 había desarrollado toda una teoría de la crisis del “régimen del 78”. Régimen del 78 que engloba a los partidos del bipartidismo y al Estado al que niegan su carácter democrático llevando a cabo una deslegitimación global para después construir el populismo. Se trata de erigir un *pueblo* capaz de conquistar una nueva hegemonía como principio de unificación de una sociedad que atraviesa una crisis orgánica (p.612). Porque “si no tienes pueblo detrás, organizado, militante y puesto en pie tus posibilidades como gobernante son muy pequeñas”. Precisamente esto, “conquistar la hegemonía por el discurso” fue lo que guió al grupo de profesores de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense del que saldrá Podemos, como ha estudiado Jose Ignacio Torreblanca. Se trataba de construir un nuevo sentido común sobre demandas no atendidas por las instituciones... un populismo que con evocaciones de la patria se convertirá en nacional-populismo. El mal, vendría a decir Errejón, se encuentra en el régimen del 78 y Transición equivale a Régimen que se identifica con la casta, los de arriba, bipartidismo, corrupción y crisis. Solo faltaba construir al líder carismático que será Pablo Iglesias. Preocupado por el resultado político, buscará generar a partir del 15-M y las mareas una identidad popular “politizable” electoralmente por medio de su presencia personal en los medios, especialmente la televisión, siendo él el nudo de todo el entramado y con la utilización de consignas contundentes como “¡Abajo el régimen!”, “No nos representan”, “Democracia real ya”, “Lo

llaman democracia y no lo es"... El objetivo es lograr que las víctimas de la crisis se identifiquen con el nuevo nosotros frente a ellos, los adversarios, las viejas élites. Y como referente un Pablo Iglesias, el profesor de la coleta, personalizando todo el movimiento. Se crearán nuevos mitos como defensa del bando antifascista en la Guerra Civil que se vincula a la democracia de la izquierda. Iglesias busca inventar un nuevo pasado para la izquierda de manera que la historia, una vez más, es una referencia política crucial para crear identidad... Los ataques se lanzan a todos los partidos, incluso al comunista pues, dice Iglesias, se suicidó al compartir el mito de la transición pacífica y consensuada. Porque para él –lo cuenta en "Disputar la democracia", 2014- la Transición fue "ese fenómeno por el que el sistema de poder establecido por los vencedores de la Guerra Civil se transforma sin que se alteren demasiado buena parte de sus condicionantes fundamentales". En fin, lograrán que la palabra régimen se identifique como no democracia... Sin embargo, con vistas a las elecciones estos relatos de usar y tirar irán cambiando y recordando que la primera transición había sido exitosa propondrán una nueva Transición. No en vano las encuestas del CIS muestran que una mayoría de los encuestados la Transición les despierta unos sentimientos de orgullo.

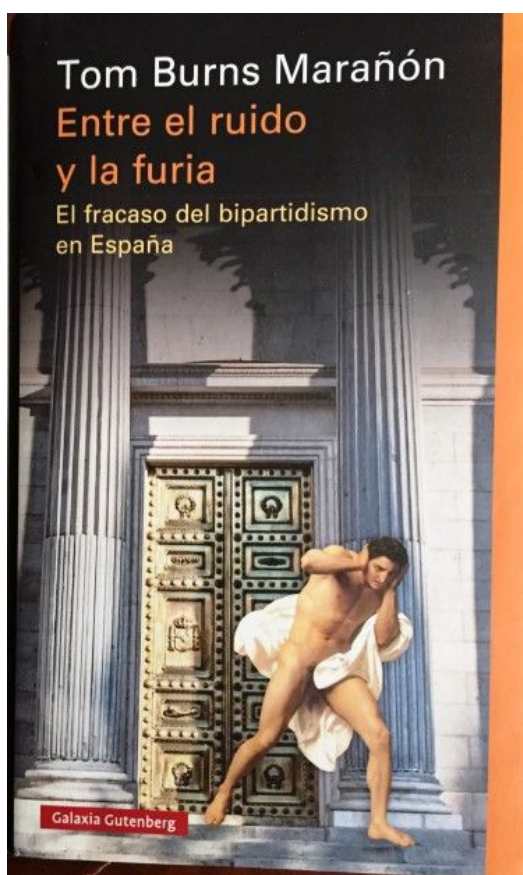
El libro termina con los hechos que acecen en los momentos en que Santos Juliá entrega el original a la imprenta: la situación complicadísima de Cataluña en su camino hacia la independencia.

En conclusión. En este largo proceso en el tiempo, transición no significó nunca la restauración de un régimen anterior, República o Monarquía, sino una situa-

ción provisional en la que todos los ciudadanos recuperaran sus libertades y derechos para iniciar un periodo constituyente. Y fue de la mano de otra palabra, reconciliación. Lo cual exigía la amnistía. Inicialmente se esperó una ayuda exterior pero pronto quedó claro que la transición era labor de los españoles. Santos Juliá insiste que transición nunca fue equivalente a reforma. Pronto se habló de ruptura y sería el PCE quien incorporaría a la ruptura la convocatoria de una acción democrática nacional o huelga general política con la que se iniciaría el proceso (p. 631). Su significado fue ampliándose, en el tardofranquismo significó amnistía y libertad y tras 1975, por influencia catalana, se generalizó Estatutos de Autonomía. Luego se añadiría lo de consenso. Es este significado, de Transición como consenso el que ha prevalecido en la memoria colectiva, que, para Santos Juliá abarca poco más de un año. A partir de los años 90 cuando los partidos, historiadores, periodistas... decidieron usar el pasado como arma política del presente se construyeron interpretaciones distintas de la Transición que respondían a los diferentes posicionamientos políticos. De ahí salió desde los medios de izquierda la Transición como mito, mentira, amnesia, traición y finalmente régimen del 78. No existe ningún "Régimen del 78" y resulta alucinante tener que reivindicar lo evidente. Lo que se ha hecho es contaminar la palabra régimen que nuestra memoria histórica identifica con el franquismo. El régimen era el franquismo, si no el propio Franco. Con esta maniobra se logra ejercer efectos negativos sin necesidad de calificativos. Se incluye en esta posición el PCE y Santos Juliá comenta así: "su otrotra más correoso artífice y defensor, que en una ejercicio de borrado de su pro-

pio pasado ha roto con ella regalándose a buen grado a la derecha” (p. 631)

Este libro ayuda a entender la Transición. Su legado, con sus sombras, se sustancia en la Constitución que, como escribió Julián Marías, “del régimen anterior no queda nada, pero de España, queda todo”. Y esto, guste o no, hay que proclamarlo. El recién desaparecido Forges nos ha dejado una lectura de la Transición a través del humor. En su libro *Los Veintenta* ilustra este diálogo: “Azarosos años”, dice un amigo a otro; “...pero han merecido la...” “alegría”, termina el otro. Y ratifica: “Eso”.



El libro de Tom Burns, parte de la hipótesis de que estamos ante el final de un ciclo histórico. Tras cuarenta años de Franquismo, España conquista la democracia y otros cuarenta años después, la

democracia española parece entumecerse. ¿Qué ha pasado? Este ensayo de Tom Burns es una reflexión subjetiva que trata de “ordenar, entender y enjuiciar hechos y actitudes” para mostrar que España se encuentra ante una crisis constitucional y ante un final de ciclo.

El punto de referencia de la historia de estas cuatro décadas es la Constitución de 1978, fruto del consenso. Es una historia con luces y algunas sombras porque han quedado temas sin resolver o mal resueltos. La cuestión territorial y las Autonomías, que, al no solucionar adecuadamente su financiación, han generado unas administraciones costosísimas. La ley electoral de 1977, que, nacida para garantizar una inicial estabilidad parlamentaria, sigue vigente aunque no responde a la representatividad real, originando clientelismo y prácticas corruptas. Tampoco se ha resuelto el grave problema del paro estructural, ni se ha creado una cultura política consensuada capaz de respetar el pluralismo y las minorías. Sin olvidar la frustración generada por las expectativas no cumplidas, la mala imagen de la clase política, etc. En este escenario, irrumpe la crisis económica de 2008 golpeando con fuerza a la sociedad española, empobreciéndola y abriendo graves brechas sociales. Los partidos dinásticos no supieron responder a esta grave situación y rechazaron incluso soluciones de urgencia, como la cohabitación. El desencanto, los devastadores efectos de la crisis económica en las familias, la corrupción, etc. crearon un campo abonado para la irrupción de partidos antisistema y populistas. Conclusión: el consenso de 1975 ha sido sustituido por el radicalismo en 2015.

Pero si algo hay que resaltar es el fracaso del bipartidismo debido a su muta-

ción en una partitocracia reacia a la renovación política. Opina Burns que el PP abandonó el liberalismo modernizador del periodo de Aznar y el PSOE renunció a la socialdemocracia moderada de la época de González. Y ambos olvidaron que, en un sistema partidista, cada una de las dos organizaciones que compiten políticamente necesitan la presencia de la otra, como adversario natural, para justificar su existencia.

El autor dedica atención a la crisis socialista. El PSOE, que “contribuyó de manera decisiva a la consolidación de la Monarquía parlamentaria” y es piedra angular de la democracia, fue el primer pilar de la partitocracia en descomponerse. Especialmente con Zapatero, aunque la llegada de Pedro Sánchez a la Secretaría general no hizo sino complicar y radicalizar la situación provocando una grave parálisis parlamentaria y un bloqueo institucional. El dilema de los socialistas era: seguir como compañeros de viaje del PP o serlo de un populismo radical y antisistema, presto a acogerlo para luego asfixiarlo. Finalmente, los socialistas facilitarían un segundo mandato a Rajoy – “medida táctica y a la desesperada que respondía a las pautas de la partitocracia”- porque “El PP, al fin y al cabo, era la otra cara de la moneda socialista”.

Con Podemos en el Parlamento, el PSOE dejaba de ser el partido hegemónico de la izquierda española. La realidad social y las elecciones lanzaban un mensaje al PSOE y al PP: necesitaban renovarse. Entre 2008 y 2015, los españoles menores de cuarenta años (pre-millennials) y los nacidos después de la Constitución de 1978 (millennials) habían dado la espalda a ambos partidos optando por los nuevos populistas y antisistema. Conclusión: la

Monarquía parlamentaria, el sistema nacido en la Transición, había dejado de funcionar.

A la hora de repartir responsabilidades, Burns se muestra contundente con Rodríguez Zapatero cuyo objetivo fue situarse en el polo opuesto de lo que significaba toda la política a partir de la Transición. “Su rencor hacia la derecha era un asunto poco menos que patológico”. Su sectarismo le llevó a excluir al PP del foro político. Buscó “el atajo sentimental, lo inmediato que crea titulares y el aplauso fácil” y puso de moda el relativismo cultural y moral. Su política consistió en lanzar “iniciativas de ingeniería social que cambiarían los valores de la colectividad y en multiplicar prestaciones que asegurarían su popularidad”. Populista y cortoplacista, practicó una política “adanista” y “El Movimiento 15-M y luego Podemos y los grupos de soberanismo exaltado en la periferia fueron mecidos y amamantados en sus cunas por el presidente del Gobierno”. Su incompetencia como gobernante tuvo dos consecuencias de bulto: el voto socialista se repartiría entre el PSOE y una izquierda enragée, y en Cataluña se hicieron fuertes unos partidos nacionalistas radicales que cuestionaron todos los logros de la Transición. En opinión de Burns, “Su legado fue un país crispado y desencantado, revanchista y desconfiado, peligrosamente endeudado y con la cuarta parte de su población desocupada”.

El libro dedica todo un capítulo a estudiar “la historia y la memoria” centrándose en que “el ruido y la furia” al comienzo del reinado de Felipe VI y el fracaso del bipartidismo tuvieron como marco una ruptura de la concordia. Reparar los daños de las víctimas le llevó a

Zapatero a repasar, repensar y reorientar la historia. Para eso nació la Ley de Memoria Histórica. Consecuencia de esas políticas es, en opinión de Tom Burns, el revanchismo y guerracivilismo que se instala en la sociedad española.

No olvida enjuiciar al PP. Evalúa su negativo papel en la guerra de Irak y el jugado por Aznar. Acusa al partido de haber rehuído cualquier debate sobre ideas y estrategia a largo plazo y de no haberse rearmado ideológicamente cuando pasó a la oposición; que ha carecido de propuestas ilusionantes y de carisma para comunicarlas. Y responsabiliza, sobre todo, a Rajoy y su personalísimo liderazgo.

En 2008, llega la crisis económica. En un par de años se pasó de un superávit de 20.000 millones de euros a un déficit cercano a los 120.000 millones. Zapatero se hundió tras hacer recortes en las políticas sociales -el tijeetazo de 2010- y dejó de herencia al PP (2011) un déficit de casi 103.000 millones de euros (el 9,61 % del PIB). Los españoles tuvieron que familiarizarse con conceptos como prima de riesgo, deuda soberana, rescate económico, crisis de la deuda española... Aquella situación originó un desencanto que, sumado a la corrupción y a la falta de ejemplaridad de las élites sociales y políticas, indujo a la radicalización de la sociedad... y finalmente a la paralización del Parlamento en 2016.

Burns opina que este escenario de crisis y de cuestionamiento de valores y de nuestra historia también ha socavado a la Monarquía parlamentaria y ha acabado por cuestionar el sistema de democracia liberal. Las elecciones europeas del 25 de mayo de 2014 dieron paso al líder de Podemos, Pablo Iglesias, y terminaron pro-

vocando la abdicación de Juan Carlos I y la proclamación de Felipe VI. Explica que Juan Carlos I supo ver el fin de ciclo político y que los nuevos retos de la sociedad española requerían un relevo generacional en la jefatura del Estado. Pero ambas monarquías funcionarían en escenarios muy distintos, como se ve, por ejemplo, en la resolución de los golpes de Estado de 1981 y de 2017. Aquel convirtió al juancarlismo en mito de la Transición pero en el de 2017, calificado por Felipe VI como “deslealtad inadmisibles”, “el golpismo soberanista y el populismo izquierdista hicieron un pulso” al Rey y al sistema. El líder de la sedición se enfrentaría por televisión a Felipe VI para decirle “así no”, cuestionando su neutralidad política. Resultado: una grave crisis constitucional que implica, además de una quiebra territorial, el cuestionamiento del Estado. Iglesias -con Podemos- no tardó en aprovechar la coyuntura y, en cuanto se aplicó el artículo 155 de la Constitución en Cataluña, hablaría de “conjura monárquica” y de “contrarrevolución por arriba del bloque monárquico”. Conclusión: El debate Monarquía versus República quedó abierto.

Podemos y los antisistema lograron ocupar un espacio electoral aprovechando el terreno abonado que ofrecía la crisis económica y la mala calidad democrática. Pedían democracia participativa “ya”, denunciando todo aquello que procedía de la Transición. Representaron un peligro para la izquierda dinástica. El paralelismo con el caso de Grecia le hace recordar a Tom Burns que los antisistema griegos se llevaron por delante al PASOK, equivalente al PSOE. Antes, Podemos se hace con IU en una “OPA amistosa, en realidad una fusión por absorción” pues

“compartía, cual alma gemela con Podemos, el mismo análisis marxista de la crisis del capitalismo e idéntica querencia comunista”. Su objetivo es radicalizar la democracia y transformar el sistema. Su referente es “La razón populista” de Ernesto Laclau con su táctica de ir agrupando y dando dirección política a focos de insatisfacción. Acusan al PP de desmontar el Estado del Bienestar - conquista del pueblo y derecho inalienable- y ponen en marcha latiguillos como “la casta”, “la trama”, “puertas giratorias”, “capitalismo de amiguetes”... Dicen ser la faz amable y cercana de la política predicando la horizontalidad y la participación. No hablan ya de la lucha de clases ni de la dictadura del proletariado sino de una rebelión transversal contra la casta y la trama. Su política, como sus formas externas, incluso en el Parlamento, son diferentes.

La nueva situación significaba que los dos partidos dinásticos habían dejado de ser los árbitros de la política nacional. Opina Tom Burns que Zapatero engendró Podemos y el PP se arrinconó y decidió abandonar cualquier debate doctrinal y “Mariano Rajoy no mostró interés alguno por desarrollar la agenda liberal, modernizadora e internacionalista de Aznar”. En ese mismo contexto surgiría Ciudadanos para disputar el voto no socialista. En las elecciones del 20 de diciembre de 2015, Podemos hundió a un PSOE liderado por Pedro Sánchez y Ciudadanos hizo lo propio con el PP.

Pero, si desestabilizador fue, para Burns, la radicalización de los electores de la izquierda, no lo fue menos el nacionalismo catalán. Porque el movimiento soberanista en Cataluña significó el rechazo de los logros consensuados de la

Transición y de la Constitución. El fin de ciclo político comienza en 2010 en Cataluña al recortar el Tribunal Constitucional el Estatuto de 2006, que reformaba el de 1979. La respuesta del soberanismo catalán fue una gran manifestación tras la pancarta “Cataluña es una nación”. Felipe VI accedió a la jefatura del Estado el 19 de junio de 2014 y las elecciones del 20 de diciembre de 2015 cambiaron por completo el contexto político. “Don Felipe, escribe el autor, presidió el réquiem de los partidos dinásticos del reinado de su antecesor”.

En resumen, el fracaso del bipartidismo se debió a que el partido de centroizquierda perdió la izquierda y el de centroderecha perdió el centro. Tanto Zapatero como Rajoy dilapidaron las herencias de González y Aznar, respectivamente, y los edificios construidos por ellos se vinieron abajo. El éxito de la Transición había consistido en una combinación de continuidad sin continuismo hasta que llega Zapatero que adoptó políticas adanistas y rupturistas, desarrolladas después por Sánchez, que “se quitó la careta “buenista” de Rodríguez Zapatero y no le hizo ascos al revanchismo y al estatismo a ultranza de la izquierda antisistema”. Por su parte, el PP, con Rajoy, dejó de ser la “casa común” del centroderecha gracias a su “empecinado inmovilismo” y “su inclinación natural a aplazar decisiones no al día de mañana, sino al próximo”.

Quiero destacar que, al hilo de su discurso, el autor, deja caer opiniones muy sugerentes. Por ejemplo, afirma que “España es un país disfuncional porque no ha sabido escribir una historia, una narrativa, compartida por todos los españoles”, que “Para un amplio estamento del electorado la democracia “pertenece” a la

izquierda” o que “La historia enseña que el soberanismo catalán aprovecha indefectiblemente lo que percibe como debilidad en la política central del Estado”. ¿No merecen nuestra atención?

Tom Burns en este libro nos ofrece sus reflexiones subjetivas para explicar que estamos en un final de ciclo. Su gran conocimiento de la historia de España de estos cuarenta años, como avalan sus publicaciones, le han permitido elaborar este ensayo sugerente, serio, comprometido y valiente, de amena lectura, sin concesiones a ningún relativismo o buenismo y al margen de lo políticamente correcto.